

# Un cuento que no acaba

JAVIER TORRES



Enrique Mayer. *Cuentos feos de la Reforma Agraria peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

## Reseña de los «Cuentos Feos de la Reforma Agraria Peruana»

Han pasado casi cincuenta años de la Reforma Agraria emprendida por el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado. La sola mención de este trascendental hecho es hasta hoy motivo de discusión. Y cuanto más tiempo transcurre, a muchos les parece difícil creer que existió alguna vez un amplio consenso social sobre la necesidad de llevar a cabo una reforma agraria. En esa medida, es una muy buena noticia la publicación de la segunda edición de *Cuentos feos de la Reforma Agraria Peruana* de Enrique Mayer.

La reforma, aunque parezca sorprendente, es un tema poco estudiado y peor asimilado por las ciencias sociales peruanas. La opción de Mayer por construir relatos a partir de una suerte de coro —a veces armónico, a veces atonal— de beneficiados y perjudicados por la reforma es de gran utilidad para cuestionar los mitos que tanto derecha como izquierda forjaron alrededor de este momento, considerado como un punto de quiebre en la historia republicana.

De un lado, aunque el yanaconaje ya había sido formalmente abolido por la tímida —y aún menos estudiada— reforma agraria del primer gobierno de Belaúnde, y pese a que el gamonalismo se desmoronaba desde hacía décadas, el proceso velasquista fue visto y vivido como el fin de estos males. Mayer —como Del Pino en *En pos del gobierno* (2007) para el caso ayacuchano— advierte de estos antecedentes, hilándolos al desenlace de la reforma velasquista.

*Revista Argumentos, Edición N° 3, Año 11, 2017. 59-62*  
 Instituto de Estudios Peruanos  
 ISSN 2076-7722

De otro lado, para la derecha peruana, la Reforma Agraria es considerada como el inicio de todas las crisis que vivimos desde mediados de los años 70 hasta la emergencia de Alberto Fujimori y la implementación del ajuste estructural que transformó nuestra economía. Una de las tantas paradojas de nuestra historia es que fuera un exrector de la Universidad Agraria —que en sus primeras apariciones electorales iba montado en un tractor— el encargado de terminar de desmontar las estructuras del agro reformado. Y hasta ahora es el icono del orden neoliberal.

Las visiones maniqueas o parciales de la Reforma Agraria se explican en parte porque es improbable dar con un observador desinteresado. Nos encontramos con bandos promotores o afectados —directos o indirectos— y en un sentido más amplio, con quienes vivían y provenían de zonas afectadas por la reforma. En el fondo, más allá de las posiciones políticas o ideológicas, esto muestra cuán rural era la sociedad peruana a fines de los años sesenta.

Así, la Reforma Agraria no solo sacudió la estructura agraria quebrándole «el espinazo a la oligarquía»; en realidad sacudió toda la estructura de la sociedad peruana, quizás más que la guerra senderista. La violencia solo apareció al final del proceso de desmontaje y reestructuración de la reforma, en buena medida por el intento de Sendero Luminoso (SL) de agudizar los conflictos entre las Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS) y las comunidades que pugnaban por la tierra (y que lo consiguieron por encima de la acción militar subversiva, más en el caso de Puno que en el de Junín). En afán similar, SL actuó en el norte chico de Lima, donde el regreso de los empresarios agrarios tras la parcelación fue el escenario en el que «el partido» buscó explotar el malestar de los jornaleros eventuales, una historia que aún no ha sido escrita.

Pero no nos adelantemos al fin de nuestra historia. Lo que está claro es que la reforma velasquista, al redefinir la estructura agraria a través del más grande proceso de ingeniería social jamás visto en nuestro país, resultó en un desorden de diferentes grados y escalas no solo en lo productivo, sino también en lo político: modelos asociativos y cooperativos que solo funcionaban en la mente de los profesionales que los concibieron, subordinados, además, a otras políticas del gobierno militar como el subsidio a los alimentos, o a los mecanismos de control político de

un régimen que al fin y al cabo era una dictadura. Y es que la reforma trastocó dramáticamente las relaciones de poder en los ámbitos local y regional, un aspecto al que Mayer atiende poco, al preferir concentrarse en el derrotero de las estructuras agrarias, desde su desmontaje a partir de la expropiación de las haciendas hasta el golpe de timón del gobierno del general Morales Bermúdez, crisol de una compleja convergencia de intereses empresariales y políticos de todos los espectros.

Más que de un vacío del libro, se trata de un reto para los nuevos científicos sociales establecer el vínculo entre el fin de la servidumbre y de la hacienda con el ejercicio de la ciudadanía desde los años ochenta —de forma restringida por la violencia— para luego competir de manera masiva por cargos de representación en la década de los noventa. Los cientos de alcaldes comuneros, o hijos de comuneros o de beneficiarios de la reformas son un producto de dicho proceso, no imaginado por los «ingenieros sociales» del gobierno de Velasco.

Un tema clave, que Mayer ubica en toda su dimensión, es el proceso de toma de tierras. Este es concebido como una efectiva respuesta al desajuste entre «los modelitos» y la expectativa campesina de lograr la propiedad de la tierra, que además estaba consagrada en el lema oficial de la reforma: «La tierra es para quien la trabaja». Fue en el vértice del proceso donde se ubicó la nueva izquierda agrupada centralmente en Vanguardia Revolucionaria y su instrumento de agitación y movilización, la Confederación Campesina del Perú (CCP). Sin embargo, lo que quedó claro al final del proceso es que el proyecto de «vía campesina comunera» no era una aspiración del campesinado, por lo menos en los términos en que los imaginaron los asesores de la CCP. Por el contrario, al igual que en otros procesos previos a la Reforma Agraria —como lo muestran Alberti y Sánchez en *Poder y conflicto social en el Valle del Mantaro* (1974)— las comunidades comenzaron a luchar por conseguir servicios, pugnando por ser distritos o centros poblados menores.

Uno de los principales aportes de *Cuentos Feos* es que describe bien los diversos caminos que tomó la reforma, lo cual fue producto tanto de las estructuras agrarias previas como de los modelos que promovió el gobierno militar, pero además de los procesos

políticos y sociales que ya se venían dando en estas regiones. Así, la historia de las azucareras no se puede entender sin el peso histórico del Partido Aprista en el norte del Perú o, en el caso de las cooperativas cusqueñas, sin el antecedente de la lucha por la tierra en La Convención liderada por Hugo Blanco a inicios de los años 60. Sin embargo, aunque el libro toma partido por aquellos que afirman que la Reforma Agraria limitó el avance de Sendero Luminoso en el campesinado, el no contar en el libro con un capítulo que aborde la realidad del campo ayacuchano, huancavelicano o andahuaylino, es una limitación. Porque es ahí donde el senderismo tuvo su mayor impacto y construyó su mayor legitimidad ¿Elo fue producto de la inexistencia de grandes haciendas en estas regiones? El texto ya citado de Ponciano del Pino y la tesis de Ricardo Caro *Demonios encarnados: izquierda, gremio y campesinado en los orígenes de la lucha armada en Huancavelica* (2016) nos muestran el enorme dinamismo y la autonomía del movimiento campesino, el cual entra en crisis con la profundización del complejo tramado de conflictos intercomunales debido a las políticas implementadas durante la reforma.

Lo más grave es que en plena guerra, el error estratégico de los militares de responder a la insurgencia senderista aplicando la doctrina de seguridad nacional llevó a una política de arrasamiento de comunidades durante los años 1983 y 1984, inundó de muertos el campo ayacuchano y desestructuró aún más las comunidades. Ahora bien, el cambio en la política contrasubversiva y la alianza entre comuneros y fuerzas armadas, expresada en la acción conjunta de patrullas de soldados y comités de autodefensa, puso en evidencia la debilidad de las estructuras de SL y, sobre todo, el permanente intento del campesinado peruano de articularse con el Estado.

Lo que Mayer sí apunta con certeza es la paradoja que significó que luego de una reforma agraria, que era propuesta por los reformistas e instituciones como la Alianza para el Progreso como un freno al comunismo y a la expansión del modelo cubano, en el Perú se produjera un conflicto armado interno. Al respecto, aunque el autor reconoce que la radicalización de la izquierda peruana es un producto del velasquismo, no llega a reconocer que la prédica senderista llegó a calar en algunos sectores del campesinado, y se queda más bien en la idea enunciada por la Comisión de

la Verdad —y antes desarrollada por el movimiento de derechos humanos y la iglesia católica progresista— de que la población civil se halló «entre dos fuegos».

Quizás el estudio de otros escenarios de la guerra como el VRAEM o el Alto Huallaga permitirían poner en cuestión con más claridad esta mirada, pero esos son otros «Cuentos Feos» que las nuevas generaciones tendrán que escribir. Porque en buena medida, estos romperían con la imagen tradicional de una sociedad rural donde las transformaciones se hicieron de manera pacífica y sin muertos, una imagen de la que el mismo autor no se logra librar, a pesar del capítulo sobre la SAIS Cahuide, en el que se narran los embates de la violencia senderista en la destrucción de esta.

El desmontaje final de la reforma se da en pleno proceso de la violencia y si bien SL no triunfó, contribuyó a acelerar la contrarreforma agraria. En buena medida, la pacificación autoritaria liderada por Fujimori bajo el nombre de «reconstrucción nacional» fluyó con mayor facilidad en los territorios de la guerra senderista. Por el contrario, en las zonas menos afectadas, como la costa norte del Perú, las empresas azucareras resistieron más tiempo, no solo por sus características particulares, sino en parte porque SL no las atacó, con la excepción de Andahuasi.

La nueva paradoja es que la posreforma ha generado en las ex cooperativas azucareras nuevas formas de violencia, que Mayer describe en el nuevo capítulo incluido en esta segunda edición, aunque sin profundizar en ello. Una violencia que se justifica en la defensa de los derechos de los antiguos cooperativistas o de los nuevos propietarios, pero que, en realidad, encubre la pugna entre grupos de interés con articulaciones políticas y judiciales —regionales y nacionales— que alquilan sicarios para ajustar cuentas o, incluso, a las fuerzas policiales para mantener el control de las empresas. Escenario que se comienza a reproducir en otros lugares del país, donde los conflictos entre comunidades, propietarios, posesionarios e invasores dedicados a actividades productivas legales o ilegales comienzan a producir muertos.

Para terminar, una confesión muy personal. Este texto salda una deuda de varios años de una reseña que nunca llegó a ser escrita. Leí con entusiasmo la pri

mera edición de los *Cuentos Feos*, pero cuando quise escribir la solicitada reseña, me sentí confrontado con mis experiencias profesionales en medio de la parcelación de las cooperativas del valle de Huaura-Sayán y de los problemas del asociativismo alpaquero en las punas de Lauramarca. Además, el intento de escritura me puso en tensión con uno de los héroes de mi infancia: mi abuelo, el ingeniero Edgardo Seoane, uno de los más entusiastas promotores de la reforma agraria peruana, tanto como miembro de la Comisión Beltrán-Alayza en el gobierno de Manuel Prado, como vicepresidente de la República del primer gobierno de Belaunde y, finalmente, como presidente del Directorio del Banco Agrario a lo largo de todo el gobierno de Velasco. Y es que el trabajo de Enrique Mayer me confrontó con los sueños y con las decisio-

nes políticas—sus errores y sus aciertos— de alguien que creyó en la necesidad de la reforma, y que sufrió un enorme costo político y personal por dicha razón. Sin embargo, el tiempo y mi propia experiencia política me han permitido hacer una nueva lectura de los *Cuentos Feos de la Reforma Agraria Peruana*. Más allá de cualquier crítica, considero que se trata de uno de los mejores libros producidos por las ciencias sociales peruanas. Estoy seguro de que gracias a esta segunda edición y al empeño de su autor por debatirlo con las nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas, marcará sin duda el inicio de mejores tiempos para una disciplina que en las últimas dos décadas algunos colegas quisieron poner al servicio del gran capital.